

Antonio Rubial García

“Los santos Reyes Magos en el imaginario medieval y novohispano”

p. 775-800

El mundo de los conquistadores

Martín F. Ríos Saloma (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas / Sílex Ediciones

2015

864 p.

Ilustraciones

(Serie Historia General, 34)

ISBN 978-607-02-7530-2 (UNAM)

ISBN 978-84-7737-888-4 (Sílex)

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mundo/conquistadores.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS SANTOS REYES MAGOS
EN EL IMAGINARIO MEDIEVAL Y NOVOHISPANO.

Antonio RUBIAL GARCÍA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

Nacido pues Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos Magos diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle [...] y llegando a la casa vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron y abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra. (Mat., II, 1, 2, 11).

A partir de estos versículos del evangelio de san Mateo se generó en el mundo cristiano uno de los más significativos símbolos de su imaginario. Por casi dos milenios la cristiandad ha venerado la memoria de los Magos que llegaron a adorar a Jesús niño y cuya festividad se conoce como Epifanía y en Occidente se celebra el 6 de enero de cada año. Sin embargo esto no fue siempre así; en el cristianismo primitivo en esa fecha se conmemoraba la natividad de Cristo y con ella se pretendió sustituir una fiesta egipcia, el nacimiento del dios Aión de una virgen. Esta fiesta se hacía para bendecir los dones del Nilo, cuyas aguas se tornaban del color del vino en estas fechas. De hecho, en las iglesias orientales el 6 de enero se celebró por mucho tiempo el nacimiento de Cristo y era el día en que se bautizaba a los catecúmenos. Después de que Constantino reconociera a las iglesias helenísticas (312-313), el nacimiento de Jesús se celebró el 25 de diciembre (una fiesta dedicada a Mitra) y el 6 de enero quedó como el día de la adoración de los Magos,



fiesta ya consolidada para el siglo V. Sin embargo desde el siglo III los padres de la Iglesia ya tenían elaboradas teorías sobre el origen de esos personajes: eran astrólogos procedentes de Caldea o Arabia o Magos zoroastristas de Persia. La narración evangélica no mencionaba el número de Magos, y no había una tradición cierta sobre esta materia, aunque varios padres de la Iglesia mencionaron tres (en relación con el número de regalos); no obstante, en Armenia y otras regiones la tradición hablaba de doce. A lo largo de la historia del cristianismo estos Magos han tenido un papel fundamental en la conformación de estructuras mentales, conceptos y mecanismos para percibir al otro. En este breve ensayo solo quiero referirme a tres de estos campos en los que la presencia de tales personajes evangélicos ha sido determinante: la gentilidad como destino de la predicación cristiana; la sacralización de la realeza y el poder; la estructuración de los espacios geográficos. Al final veremos como funcionaron esos tres temas en la conformación de la cristiandad americana.

LOS MAGOS Y LA GENTILIDAD.

LA EPIFANÍA COMO LA MANIFESTACIÓN DE CRISTO A LOS NO JUDÍOS

Desde los padres apostólicos y apologistas, la presencia de los Magos de Oriente en Belén representó para el mundo cristiano primitivo tanto el reconocimiento de los gentiles de la divinidad de Jesús (actitud simbolizada en los regalos) como el anuncio de la conversión de los no judíos a la nueva religión. La palabra griega Epifanía, con su sentido de manifestación, fue tomada desde muy temprano como la primera llamada de Dios para anunciar la salvación a todos los pueblos del orbe¹. En las representaciones

1 Hubo otras tres manifestaciones o epifanías, que según la liturgia de Occidente se celebraban el mismo seis de enero: el bautismo de Jesús en el Jordán, el milagro de las Bodas de Caná y la multiplicación de los panes y los peces. Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, v. I, p. 91 y s.

plásticas más tempranas de la escena, casi siempre en sarcófagos, los Magos (dos, tres o cuatro) iban acompañados con imágenes de los muertos togados con regalos como parte de la procesión. La Virgen estaba siempre en un trono con el niño sobre el regazo y los reyes de pie, uno tras otro, aproximándose a ellos². Aunque en el siglo V ya san Agustín de Hipona había señalado que los Magos representaban a todo el mundo pagano, para entonces los nombres de los Magos eran inciertos. En el siglo VI, sin embargo, los apelativos de Gaspar, Melchor y Baltasar estaban ya bastantes difundidos en el Imperio bizantino, en algunas zonas de Armenia y en Occidente³. En la iglesia de San Apolinar Nuevo en Rávena, construida en esas fechas, ya aparecen esos nombres sobre tres personajes vestidos a la persa que se dirigen con sus dones hacia el trono de María con Jesús sobre sus rodillas. En esta representación ya los tres Magos aparecen diferenciados, uno de barba blanca, otro imberbe y el tercero de barba negra. Estas diferencias debieron generalizarse a lo largo del siglo VII pues en una versión irlandesa del evangelio apócrifo de la infancia se hablaba de Melcisar, Balcisar y Caspar, y se señalaba que el primero llevaba barba blanca, el segundo más joven barba negra y el tercero era imberbe. Los magos representaban así las tres edades del hombre⁴.

Numerosas representaciones germánicas e irlandesas siguieron el modelo bizantino, lo cual nos muestra que el tema fue muy difundido por los monjes evangelizadores, sin duda por el sentido que tenía la epifanía como la fiesta de la manifestación de Cristo a los gentiles. Sin embargo hasta el siglo XI los Magos siempre funcionaron como una colectividad y nunca individualmente y

2 Richard Trexler, *The Journey of the Magi*, Princeton, Princeton University Press, 1997, p. 24.

3 El Martirologio menciona a San Gaspar el primero de enero, San Melchor el día seis y San Baltasar el once (*Acta Sanctorum*, I, 8, 323, 664). Los sirios tienen a Lervandad, Hormisdas, Gushnasaph, etc.; los armenios señalan 12 (Kagba, Badadilma, etc.) (Cf. *Acta Sanctorum*, May, I, 1780). *Enciclopedia Católica*.

4 Julio Rodríguez Puértolas, «Leyendas cristianas primitivas en las obras de fray Íñigo de Mendoza», en *De la Edad Media a la Edad Conflictiva*, Madrid, Gredos, 1972, p. 103.



no eran reconocidos como santos. Con todo, a partir de la primera cruzada en 1095 los tres personajes comenzaron a tener culto y la búsqueda de sus restos fue una de las muchas motivaciones de las peregrinaciones hacia Oriente. Sin embargo para esta época, y en adelante, los Magos comenzaban a tener mala fama por su asociación con la nigromancia considerada demoníaca, por lo que se hacía necesario explicar la razón por la que unos hombres dedicados a la astrología podían ser llamados por Dios. Santo Tomás de Aquino (1225-1274) se vio en la necesidad de justificar el término mago diciendo que en ese entonces se usaba como sinónimo de hombre sabio y esa misma acepción aparece en Santiago de la Vorágine (ca. 1230-1298), su hermano de orden⁵. Este autor, al igual que el franciscano San Buenaventura (1221-1274) insistieron en que los Magos habían sido no solo los primeros gentiles que recibieron el mensaje de Jesús sino también los primeros que lo predicaron fuera del Israel⁶.

En el Renacimiento esta faceta de los adoradores como Magos, se resaltó para liberar a la astrología, y en general todas las ciencias esotéricas entonces en auge, de la carga demoníaca que tuvieron durante la Edad Media. La creencia del hermetismo en una sabiduría universal nacida en Egipto explicaba a la perfección que unos sabios astrólogos escrutadores de los secretos del universo fueran los llamados a recibir el mensaje de salvación cristiano. Sin embargo, el tema se quedó en el ámbito de unos cuantos iniciados. Por otro lado se insistió también en el hecho que Cristo había manifestado su humanidad a todo el género humano representado por los tres personajes, los cuales se pintaron a menudo en esta época observando curiosos los genitales del niño, prueba innegable de su masculinidad.⁷ Con todo, el

⁵ *Ibidem*, p. 102. Véase también Vorágine, *op. cit.*, v. I, p. 92. Este autor dice que la palabra puede significar ilusionista, hechicero maléfico o sabio y que esta última da el verdadero sentido a esos personajes.

⁶ San Buenaventura, *Obras*, Madrid, Editorial Católica, 1967, v. II, p. 380.

⁷ Leo Steinberg, *La sexualidad de Cristo en el arte del Renacimiento y en el olvido moderno*, Madrid, Herman Blume, 1989, pp. 83 y ss.



tema del anuncio a los gentiles pasó a un segundo término entre el gran público europeo, pues para ese entonces había triunfado otra faceta de los tres personajes mucho más fructífera y con mayores alcances políticos.

LOS MAGOS COMO REYES Y LA SACRALIZACIÓN DE LAS MONARQUÍAS

Aunque desde el siglo IV Constantino ya se hacía representar en monedas encabezando la procesión celestial que se dirigía hacia Dios, el tema de los Magos de Oriente como reyes no apareció en la cristiandad occidental sino hasta el siglo VI y fue desconocido en Bizancio durante toda su historia, pues la unidad imperial impedía reconocer la existencia de otras realezas fuera de la suya.⁸ Aunque el oriental Tertuliano desde el siglo III insinuó en una de sus obras que los Magos eran gobernantes de reinos (*fere reges*⁹), no fue sino hasta el siglo VI que un occidental, el abad san Cesáreo de Arles (m. 543), les dio el título de reyes¹⁰. Pero tal aseveración solo entraría a formar parte del imaginario cristiano de Occidente cuando un verdadero rey consolidó un poder lo suficientemente grande como para convertirse en heredero del imperio romano. Fue por tanto en la época de Carlomagno cuando los Magos tomaron el carácter definitivo de reyes. En la coronación del emperador en la Navidad del año 800 en Santa María la Mayor de Roma, se tuvo en cuenta que Carlomagno imitaba a los Magos y él mismo era uno de los adoradores de Jesús en la Epifanía. Poco tiempo después aparecen las primeras representaciones de los Reyes Magos coronados en libros miniados. Esta

8 En Oriente, según Liutprando de Crémone (en su *Legatio Constantinopolitana*), se realizaban rituales imperiales relacionados con la visita de los Magos a Belén; en ellos el emperador era representado como el planeta Venus que guiaba a los Magos hacia el verdadero sol. Trexler, *op.cit.*, p. 45.

9 Tertuliano, *Adversus Martion*, cap. III, 13. *Enciclopedia Católica*.

10 Ferdinand Prat, *Jesus Christ. His life, his teachings and his work*, Milwaukee, Bruce, 1963, p. 490.



relación se afianzó a partir de la interpretación del salmo 71, 10 en el cual se decía: «Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán presentes, los reyes de Arabia y de Saba le traerán sus regalos y todos los reyes de la tierra le adorarán». Sin embargo, para evitar que esa imagen ecuménica pusiera en peligro la primacía imperial de Carlomagno sobre el orbe, los Reyes Magos fueron representados como tres generaciones de una sola dinastía. Al igual que había sucedido en el este, los Magos simbolizaban las tres edades del hombre, tradición que en Occidente, a partir del Pseudo Beda, consagró a Melchor como el mayor con barba blanca, Gaspar como el joven e imberbe y Baltasar portando una barba negra¹¹. Estos rasgos se acentuaron en los siglos posteriores para recalcar las jerarquías y preeminencias. En la iconografía casi siempre el primero en arrodillarse era el más anciano, como un símbolo de esas jerarquías¹².

A partir del siglo XI, en medio de las pugnas entre el papado y el imperio, los Reyes Magos tomaron una nueva dimensión. En el discurso pontificio la adoración de los Magos simbolizaba el sometimiento del poder temporal al espiritual; la versión imperial le daba en cambio el carácter de legitimación que el mismo Jesús otorgaba a quienes ostentaban el poder civil como señores de sus pueblos. Este sentido de realeza de los Magos recibió un fuerte impulso cuando en 1164 sus restos (descubierto recientemente en Milán), fueron trasladados por el emperador alemán Federico I a Colonia, después de invadir el ducado. Es por demás significativo que al año siguiente el emperador estuviera promoviendo la canonización de Carlomagno a instancias del arzobispo de esa ciudad Reinhold von Dassel, canciller de Federico y uno de sus principales propagandistas. A partir de entonces los Reyes Magos tomaron un inusitado papel político y cultural como promotores de la idea imperial, pues Colonia se convirtió en ese momento en

¹¹ Trexler, *op. cit.*, p. 39.

¹² *Ibidem*, pp. 53 y ss.



la sede de las coronaciones de emperadores y en un importante santuario de peregrinaciones. Fue cuando se les comenzó a considerar santos y que se les inició un culto¹³. Para explicar la presencia de sus restos en Europa, fue necesario crear una narración de *traslatio*, muy común cuando se trataba de este tipo de reliquias. A santa Elena, la madre de Constantino (y vinculada con la veneración de la santa cruz), se le atribuyó su descubrimiento y su traslado a Bizancio, de donde el obispo san Eustorgio los llevó a Milán (donde se esculpió una importante escena de los reyes en la catedral dedicada a este obispo). Para el siglo XIII este relato ya estaba muy difundido y lo recopiló el dominico fray Santiago de la Vorágine en su *Leyenda Dorada*, quien los consideró reyes sabios que llegaron acompañados de sus escoltas y séquitos¹⁴. Desde ese mismo siglo XIII en la península ibérica se escribieron varias versiones de esas leyendas como el *Libre dels tres reys d'Orient*¹⁵.

Junto a esta «canonización» se insistió igualmente en las ofrendas como símbolos de realeza y sobre todo el oro, el único indestructible de los tres regalos, se veneraba en un cáliz de la catedral de Reims y en monedas y en relicarios distribuidos por toda Europa. ¿Debemos asociar esta reliquia con el hecho de que este templo se convirtiera en el espacio de coronación de los reyes de Francia? Poco a poco el nombre de estos personajes fue vinculado con poderes ocultos e incluso eran utilizados para evitar la epilepsia. Los tres reyes fueron los patronos titulares de los hostales para peregrinos y viajeros¹⁶. En Alemania sus siglas se colocaban en las puertas de los establos y casas para proteger a personas y animales de demonios, incendios e inundaciones¹⁷.

13 *Ibidem*, pp. 78 y ss.

14 Vorágine, *op. cit.*, v. I, p. 97. Este autor señala que la iglesia de Milán que poseía esos restos «actualmente pertenece a los religiosos de la orden de predicadores», que era la suya, lo que explica la narración pormenorizada que hace de la *traslatio*.

15 Rodríguez Puértolas, *op. cit.*, p. 104 citando a Manuel Alvar, *La Infancia y muerte de Jesús*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) 1965, p. 70-83.

16 Trexler, *op. cit.*, p. 73.

17 Louis Reau, *Iconografía del arte cristiano*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996,



A partir de la «inventio» de las reliquias de Colonia, las imágenes de los Reyes Magos se difundieron por todo el occidente en tímpanos, capiteles y murales de las iglesias románicas en Alemania, Italia, Francia y España. La representación de los tres Magos coronados ofrendando sus dones al niño Dios sentado en el regazo de la Virgen María se convirtió, junto con el Pantocrator apocalíptico, en un tema obligado de la imaginería eclesial.

De manera paralela se incrementó en todas las ciudades de la Europa occidental una gran cabalgata que se realizaba el 6 de enero para celebrar la Epifanía. Aunque quedan textos de ellas desde el siglo X, no fue sino en el XIII cuando esas representaciones se convirtieron en soberbios espectáculos en los cuales los tres reyes se paseaban por la ciudad, vestidos con lujosos trajes, montados en caballos ricamente enjaezados y seguidos por un numeroso séquito de pajes cargando animales exóticos. Para los siglos XIV y XV, los ricos mercaderes y la nobleza, vestidos como los Reyes Magos, encontraron en estas cabalgatas una forma de manifestar su riqueza y prestigio frente al resto de la población. Al mismo tiempo, influida por esos espectáculos, la pintura comenzó a representar a esos personajes con los lujosos trajes de las cortes de los Médicis o de Borgoña¹⁸. Para el siglo XV estas cabalgatas reunían hasta 600 personas en ciudades como Florencia y eran organizadas por las cofradías de los Magos, que junto con las festividades públicas organizaban banquetes y representaciones de batallas. A partir de entonces también comenzaron a aparecer festividades el 6 de enero en los ámbitos privados¹⁹.

Otro cambio significativo en el tema comenzó a darse desde el siglo XII gracias a la espiritualidad impulsada por San Bernardo (1090-1153), y después por el franciscanismo. Los Reyes Magos introdujeron, con fuertes rasgos de realismo, la meditación sobre los contrastes de la vida humana. Los más inminentes fueron los

v. II, p. 251.

¹⁸ *Ibidem*, v. II, p. 235.

¹⁹ Rodríguez Puértolas, *op. cit.*, pp. 163 y ss.

que oponían pobreza y riqueza, humildad y poder, infancia y vejez; más tarde aparecieron las confrontaciones entre masculino y femenino, blanco y negro²⁰.

Finalmente en el siglo xv los Reyes Magos sirvieron para reafirmar pactos entre los monarcas y las entidades corporativas, como un símbolo de la obligación que tenían los monarcas de respetar las autonomías. Tal caso se puede observar en Aragón, donde el rey juraba el fuero del reino precisamente frente al altar mayor de la seo de San Salvador (catedral de Zaragoza), en cuyo centro estaban representados los Reyes Magos ofrendando al niño Dios sus dones²¹. Como un dato curioso que vincula esta imagen con la monarquía aragonesa, el Niño Jesús recibe el oro del rey anciano mientras sostiene en su mano una moneda con la efigie de Juan II.

LOS MAGOS COMO REPRESENTACIÓN DE LOS ESPACIOS GEOGRÁFICOS Y DE LA ALTERIDAD

Ya desde el siglo vi, el evangelio armenio de la infancia mencionaba a los adoradores de Jesús como tres hermanos que reinaban sobre los persas (Melkon), sobre los indios (Baltasar) y sobre los árabes (Caspar)²². Desde los tiempos del Imperio romano ese Oriente había sido siempre un lugar de pueblos exóticos y de riqueza sin fin, el espacio de la *Arabia felix* y del imperio persa. A esta fascinación por el Oriente y por la necesidad de situar a los Magos en esos parajes, respondieron los padres de la Iglesia dándoles las más diversas patrias: Babilonia, Persia o Arabia, aunque se consideraba a los tres de la misma procedencia, descendientes

20 Trexler, *op. cit.*, p. 109.

21 Eliseo Serrano Martín, «El justicia de Aragón y las ceremonias y fiestas públicas en la Edad Moderna», en *Cuarto encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón*, Zaragoza, Gorfisa, El Justicia de Aragón, 2004, p. 41-52.

22 *Evangelio Armenio de la infancia*, Aurelio de Santos Otero (ed.), *Los evangelios apócrifos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979, p. 362.



del sacerdote Balaam a quien se atribuía la profecía: «de Jacob nacerá una estrella»²³. Pero no fue sino hasta el siglo VIII que el monje inglés Beda el venerable (m.735) concibió que «místicamente los tres Magos significaban las tres partes del mundo, Asia, África y Europa». El mismo sabio estableció que los Magos también hacían referencia a los tres hijos de Noé que habían poblado los tres continentes. Finalmente fue también él quien, aunque siguió la idea de los padres antiguos de que los regalos estaban relacionados con los lugares de procedencia de los Magos, tenían que ver también con necesidades de la vida cotidiana de la sagrada familia: el oro para mantenerlos, el incienso para dar buen olor al establo y la mirra para matar a los gusanos y vitalizar el cuerpo de Jesús²⁴.

El Oriente de donde procedían los Magos tomó un nuevo impulso con los viajes de los cruzados y con la llegada de las cartas del famoso Preste Juan alrededor de 1140. Este papa-emperador cristiano, cuya riqueza obsesionó a los occidentales, comenzó a relacionarse con los Magos, considerándolo como uno de sus descendientes. Desde el siglo XIII los viajeros franciscanos intentaron localizar las ciudades o reinos de los Magos en Persia e incluso algunos aseguraban haber visto sus tumbas. Esa presencia quedaba avalada por la existencia de comunidades cristianas en tan lejanas latitudes que habían sido evangelizadas por Santo Tomás gracias al apoyo que le prestaron los Reyes Magos a quien él mismo bautizó. Incluso Marco Polo clamaba que el rey Jorge, descendiente del Preste Juan, había buscado una alianza con los tártaros para vencer al islam. En tales confusiones geográficas

23 Según San Máximo (*Homil. xviii in Epiphan.*) y Teodato de Ancyra (*Homil. de Nativitate*, I, x) eran de Babilonia; San Clemente de Alejandría (*Strom.*, I, xv) y San Cirilo de Alejandría (*In Is.* xlix, 12) los consideraban de Persia; según San Justino (*Cont. Tryphon.*, lxxvii), Tertuliano (*Adv. Jud.*, ix) y San Epifanio (*Expos. fidei*, viii) venían de Arabia. *Enciclopedia católica* (versión en línea consultado 11 de noviembre de 2013 www.encyclopediacatolica.com).

24 Trexler, *op. cit.*, p. 38-39 y 73.

estaba también la consideración de que África formaba parte de la India y que el Preste Juan posiblemente procediera de ahí²⁵.

Santiago de la Vorágine, citando la *Scholastica Historia* de Pedro Comestor (m. 1198) y los *Commentum Mathaeum* de Remigio de Auxerre (841-908), señalaba que los Magos eran de una región situada entre Persia y Caldea llamada Sabea. Persas y caldeos, decía, solían regalar a sus monarcas las tres cosas que llevaban los Reyes Magos. Después repite la narración de Beda, aunque la cita a través de San Bernardo, sobre el carácter práctico de los dones. Da a continuación un sentido simbólico de ellos: el oro era tributo y marcaba potestad real, el incienso se ofrecía a la divinidad como sacrificio y la mirra servía para ungir a los muertos, con lo cual se remarcaba la naturaleza mortal del hombre. Vorágine señalaba igualmente que oro, incienso y mirra representaban respectivamente amor, adoración y mortificación, lo que todo fiel cristiano debía dar a Dios²⁶.

Para estas fechas, en una Italia sin monarquía, se comenzó a extender la idea de que los reyes procedían de tres reinos distintos del Oriente. La presencia en Europa de esta región del mundo a partir de las Cruzadas había generado una visión muy compleja y variada; Armenia, Persia, India y China eran espacios descritos por los viajeros y sus riquezas comenzaban a llegar a Europa gracias a la apertura de rutas comerciales. Alrededor de 1360 el carmelita Johan von Hildesheim en su libro *Liber de gestis et translationibus trium regum* fue la principal fuente de inspiración sobre los Magos en la Edad Media tardía. Tiempo después el *Libro de las maravillas* de Juan de Mandeville, daba una versión fantástica de esas tierras ignotas²⁷. A este ambiente exótico y rico contribuyeron también las espectaculares cabalgatas que comenzaban a crear una visión de lujo desbordante. Por otro lado, también influyó en la plástica de los reyes las embajadas bizantinas

²⁵ *Ibidem*, pp. 125 y ss.

²⁶ Vorágine, *op. cit.*, v, I, p. 96 y s.

²⁷ Trexler, *op. cit.*, p. 125.



que desde principios del siglo xv comenzaron a llegar a Italia para pedir ayuda contra el turco. Fue de singular significación el concilio ecuménico abierto en Basilea en 1431 y concluido en Florencia en 1441 al que asistieron bizantinos, armenios, etíopes, y rusos que se paseaban por la ciudad con sus vistosos trajes. Esta pluralidad debió influir en el mural de Benozzo Gozzoli pintado en 1459 en la capilla del palacio Medici-Ricardi, en el cual el emperador bizantino Juan Paleólogo aparecía como uno de los Magos. Sin duda la presencia de los turcos también fue de gran importancia como se puede notar en algunos cuadros donde los reyes y su séquito portan turbantes (como en el *Libro de Horas* del Duque de Berry) pues para esta época Oriente es el turco.

Al mismo tiempo comenzaron a asociarse los regalos con los lugares de donde podían proceder. Gaspar, señor de Tarsis (donde Santo Tomás estaba enterrado) era un lugar donde abundaba la mirra. El Nilo, cuando pasa cerca de Etiopía, corre sobre una cama de oro puro. El incienso procedía de Arabia. Para entonces había versiones distintas y encontradas sobre qué rey portaba cuál regalo y sobre el país de donde procedía cada uno²⁸. Entre los siglos xiv y xv también comenzaron a aparecer en algunos cuadros camellos o dromedarios como cabalgaduras de los Magos. Santiago de la Vorágine en el siglo xiii señalaba que los reyes montaban dromedarios (cuyo nombre indicaba que eran animales muy veloces) y aseguraba que ésta era la razón que explicaba la rapidez con que los reyes llegaron desde sus lejanas tierras hasta Jerusalén después de divisar la estrella²⁹. Posiblemente sus comentarios impactaron la iconografía de obras como la de Stefano da Verona (1435) en la Pinacoteca de Brera en Milán o de Giovanni Modena (ca. 1420) de la iglesia de san Petronio de Bologna. Con todo, los caballos siguieron siendo en muchos cuadros, hasta avanzado el siglo xvi, las únicas monturas que acompañaban a

²⁸ *Ibidem*, pp. 126 y ss.

²⁹ Vorágine, *op. cit.*, v, I, p.



los Magos. También comenzaron a agregarse un sinnúmero de animales exóticos en el séquito de los reyes como en la cabalgata pintada por Gentile da Fabbriano (ca. 1410) en las Galerías Uffizi de Florencia.

Por esas fechas comenzó también a aparecer un nuevo elemento en las representaciones de los Magos, un rey negro que por primera vez se pinta en cuadros en el ámbito germánico alrededor del 1440, precisamente cuando los esclavos negros comenzaron a llegar al norte de Europa. Es curioso que a pesar de que las primeras embajadas etíopes llegaban a Roma desde 1404 y mostraban un mundo hasta entonces desconocido en Occidente y en el tiempo en el que el Preste Juan comenzó a considerarse como procedente de Etiopía, no haya sido en Italia, sino en Alemania donde surgiera por primera vez esa representación. De Alemania pasó al resto de Europa y a partir de entonces un rey negro ricamente ataviado, con aretes y sombreros espectaculares apareció como un elemento cada vez más común en las adoraciones de los reyes en Belén. Con la innovación de un rey negro se aceleró la concepción de que los tres Magos procedían de lugares distintos, aunque aún tardaría algún tiempo en precisarse que eran hombres de las tres partes del mundo. Para el siglo xvi al rey asiático (Gaspar), generalmente representado con barba negra y turbante, lo acompañaba de pie Baltasar (quien tomó los rasgos del más joven) como rey de África; a Melchor (el anciano de barba blanca), se dio la definitiva adscripción de Europa y por su venerable condición era siempre el que se arrodillaba primero ante Jesús y la Virgen.

En la segunda mitad del siglo xvi, las diferentes versiones iconográficas tendieron a unificarse en un esquema único, posiblemente como consecuencia de la Reforma protestante (por la condenación explícita de Lutero a tal culto) y por el descubrimiento de América, que al convertirse en la cuarta parte del mundo, consolidó, por contraste, la concepción de las otras tres. Además, con la ampliación de los viajes alrededor del planeta,



entre los pintores manieristas y barrocos se generalizó la presencia de camellos, junto con los caballos, en las adoraciones. Estos animales asociados con el Asia ya estaban fijados en la emblemática como se puede ver en la *Iconología* de Cesare Ripa (editada con ilustraciones en 1603). Acá ya se asociaba el caballo con Europa y el camello con Asia. El tema se consolidó en plena era barroca al agregar el elefante como la representación de África, que en la *Iconología* de Ripa es tan solo parte del atuendo en la cabeza de la alegoría, siendo el león su animal emblemático³⁰. Sin embargo, como dato curioso, la presencia de elefantes en la representación de los séquitos de los Magos apareció de manera esporádica y casi siempre en la lejanía, como en el cuadro de Frans Francken el Joven del museo de Gouda. Pedro Pablo Rubens, que representó en varias ocasiones el tema, nunca los incluyó en sus cuadros y sus difundidos grabados tampoco lo hicieron, de ahí posiblemente su relativa ausencia en la iconografía de los Reyes Magos en el barroco.

Con todo, la inserción del elefante como emblema de África sí se llevó a cabo en otro esquema iconológico que se fue construyendo a lo largo de la segunda mitad del siglo xvi y que estaba fuertemente asociado con el de los Reyes Magos, así en las vestimentas de los personajes como en sus animales: el de las cuatro partes del mundo. El tema, que se representó teatralmente tanto en los desfiles que acompañaban las celebraciones como en la plástica, sirvió también para introducir a América, que como cuarto continente no podía aparecer en un esquema tripartita ya establecido. El cuarto continente al final se podía considerar como una parte de Asia, poblada por los hijos de Sem y por lo tanto estaba representada en Belén por el rey asiático. El término *indios*, usado para nombrar a los habitantes tanto de las Indias Orientales como de las Occidentales, facilitaba también esas asimilaciones.

³⁰ Cesare Ripa, *Iconología*, Madrid, Akal, 1987, v. I. pp. 102-108.



Además, a diferencia del tema de los Magos, éste comenzó a incluir a las parejas femeninas de los monarcas y, por lo tanto, servía mejor para los fines secularizadores que se estaban imponiendo sobre los religiosos. Europa se simbolizó con reyes y reinas europeos (incluso contemporáneos), los de Asia y de África eran representados con turbantes turcos, atuendo ya característico de los cuadros de la adoración de los Magos desde el siglo XV. La pareja que figuraba a América estaba semidesnuda y era salvaje. A menudo las representaciones de las cuatro partes del mundo como la de los Reyes Magos se hicieron intercambiables. En la ciudad italiana de Todi, en 1563, las autoridades organizaron una representación de cuatro reyes que vestidos ricamente y acompañados de sus pajes simbolizaban las cuatro partes del mundo que reconocían a Cristo como rey universal³¹. Sin embargo, para el siglo XVIII el tema de los cuatro continentes ya había desplazado casi totalmente a los Reyes Magos para emblematizar las regiones geográficas del planeta, consecuencia de un espacio cultural cada vez más secularizado.

LOS REYES MAGOS EN AMÉRICA

Cristóbal Colón, durante sus viajes por las regiones que creía que eran el sureste de Asia, no dejó de tener en mente la presencia de los Magos. En su primer viaje creyó localizar Ofir, el lugar de donde provenía el mago que portaba el oro para el niño de Belén. Al oír hablar de Cybao, Colón recordó el Cipango de Marco Polo, lugar lleno de oro, y al aproximarse a la isla de Cuba en su segundo viaje, anunció a su tripulación que se acercaban a Sheba o Saba, el lugar de donde salieron los tres Magos, lo que se le confirmó al saber que los nativos llamaban Sobo a ese lugar. No cabe duda que Colón «estructuró sus expectativas en esta parte del

³¹ Trexler, *op. cit.*, p. 164.



mundo, entre otras cosas, alrededor de las posibles tierras de origen de los tres reyes»³². Después de los viajes por la costa de Brasil realizados por Álvarez Cabral alrededor de 1500, y de las descripciones de los indios de esas regiones hechas por Américo Vespuccio, apareció la pintura atribuida a Vasco Fernández (en la iglesia de Viseu en Portugal) (ca. 1505) donde uno de los Reyes Magos se representa como un cacique brasileño, de la misma forma que comenzaba a vestirse a los indios americanos en una iconografía nacida en 1500 en una edición a las cartas de Américo Vespuccio y que tendría una larga historia en la plástica sobre América. La idea no desapareció del todo en aquellos que visitaban América, a pesar de que a partir de 1507, Américo Vespuccio y su grupo de cosmógrafos demostrara que esto era un cuarto continente. Así el jesuita Joseph de Acosta pensaba que Tarsis estaba en América³³.

Sin embargo, no fue el tema geográfico el que produjo el mayor impacto de los Reyes Magos en América en un principio, sino precisamente el de la manifestación a los gentiles. En la mentalidad de los primeros misioneros en América se estaban repitiendo la evangelización apostólica de los primeros tiempos y el tema de las postrimerías del mundo animó muchos de sus discursos y de su actuación.

Los presagios y los prodigios no solo habían ayudado, a los conquistadores primero y a los frailes después, a destruir las idolatrías y a liberar a los indios de las garras de Satán, eran también una prueba de que la Divina Providencia tenía preparada esta tierra para un destino glorioso: la comunidad eclesiástica de las Indias, con todas las características del cristianismo prístino, representaba la salvación para la Iglesia, que había sufrido una gran pérdida por la herejía protestante. Era por tanto un deber de los frailes, emisarios y colaboradores de la Divina Providencia, mantenerla como una joya preciosa en su pureza original. Con los

³² *Ibidem*, p. 138.

³³ Joseph de Acosta, *Obras*, Madrid, Ediciones Atlas, 1954, p. 22 y 24.



indígenas se forjaría el reino de paz que precedería al Apocalipsis. Así, el anhelo de los franciscanos de fundar en Nueva España un reino utópico fue, además de una muestra del ideal de llegar al cristianismo prístino, una manifestación de las creencias escatológicas dentro de la orden³⁴.

Motolinía fue el primero de los cronistas religiosos novohispanos que manifestó la idea de que los extremos de la historia del Nuevo Testamento se tocaban, pues si con la Iglesia primitiva, con toda su perfección, se había iniciado el peregrinar del pueblo de Cristo, con la Iglesia indiana, imitadora y espejo fiel de aquella, terminarían los tiempos antes de la segunda venida del Mesías. A este respecto dice: «Preguntáis ¿qué tan grande es su Iglesia? dígoles que a *solis ortu usque ad occasum* (Salmo 112,3), desde oriente hasta occidente y en toda esta grande Iglesia de Dios es y ha de ser el nombre de Dios loado y glorificado; y como floreció en el principio la Iglesia [en] Oriente, que es principio del mundo, bien así agora, en el fin de los siglos, ha de florecer en occidente que es fin del mundo»³⁵. Los indios constituían la gentilidad de los últimos tiempos en la que se fundaría la iglesia perfecta que precedería al fin del mundo. En este contexto el tema de los Reyes Magos se convirtió en un tema central de la predicación misional, mucho más que el de los pastores, que al final de cuentas eran judíos³⁶. Para los misioneros era un buen argumento para predicar que el mensaje cristiano iba dirigido a todas las naciones del orbe, entre las cuales se encontraban los indios americanos.

En este contexto podemos explicarnos el porqué el colegio de Tlatelolco, el más interesante experimento franciscano donde se

34 Elsa Cecilia Frost, *La Historia de Dios en las Indias*. México, Tusquets Editores, 2002, pp. 242 y ss.

35 Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, p. 220.

36 Ronald Surtz, «pastores judíos y Reyes Magos gentiles: teatro franciscano y milenarismo en Nueva España», en María Sten (ed.), *El teatro franciscano en la Nueva España*, México, UNAM, 2000, pp. 209-217.



educarían los jóvenes nobles indígenas colaboradores de los religiosos, fuera fundado en 6 de enero de 1536, con claras alusiones a la primera Epifanía manifestada a los gentiles del Viejo Continente como equivalente a la última Epifanía con que se abrió la predicación a los del nuevo³⁷. El mismo Motolinía señalaba el gran éxito que tuvo entre los indios la celebración de la fiesta de los reyes, «porque les parece que es propia fiesta suya» y traían la estrella desde muy lejos con cordeles y ofrecían a la Virgen y al niño cera, incienso, palomas y codornices en un pesebre construido en la iglesia³⁸. Los tlaxcaltecas especialmente utilizaron a los Magos como sus emblemas pues fueron los primeros gentiles convertidos en el viejo continente, al igual que ellos lo fueron en el nuevo.

Esas celebraciones se hacían en todo el territorio, como nos lo deja ver un relato de fray Antonio de Ciudad Real, quien en 1587 observó en Tlaxomulco, cerca de Guadalajara, una fiesta de los Reyes Magos. La descripción señala que los tres personajes bajaban a caballo desde un empinado monte hasta el atrio de la iglesia de los franciscanos. Los reyes venían acompañados por dos indios a pie, uno traía un «guión» y el otro un costal con dones y ofrendas. Por un gran cordel que se tendía entre el cerro y la iglesia unos indios iban bajando la estrella que guiaba a los reyes. Al llegar al atrio, los personajes eran recibidos con gran algarabía, ángeles danzando, hombres que rodaban por tierra, representaciones fingidas de toros y toreros y batallas entre danzantes. A la fiesta acudieron españoles e indios hasta un número de cinco mil³⁹. Para el siglo XVII debió ser muy común el llevar ofrendas a los nacimientos colocados en las iglesias para conmemorar esta

37 Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, Editorial Jus, 1947, p. 394.

38 Toribio de Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Porrúa, 1969, Trat. 1, cap. 13, p. 55.

39 Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, México, UNAM- Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, v. II, pp. 100-103.

celebración. En Guatemala, por ejemplo, según la descripción de fray Thomas Gage, la fiesta de los Reyes Magos era motivo para construir nacimientos con hermosas figuras a las que los indios ofrendaban cabritos, leche y quesos⁴⁰. En el siglo XVIII seguían representándose esos dramas bíblicos que se prestaban a muchos excesos, como lo muestra la prohibición del arzobispado de México en 1769 sobre la fiesta de los reyes en la que se cometían irreverencias y profanaciones de las vestiduras sagradas⁴¹.

Junto con estas representaciones festivas se encuentran otros testimonios tanto escritos como visuales de la fuerte presencia del tema de la Epifanía en México. Los agustinos pusieron su convento de Mezitlán bajo la advocación de los santos Reyes y al sur de Puebla el pueblo de los Santos Reyes de Juárez conserva un hermoso retablo del siglo XVIII dedicado a esos personajes, cuyas esculturas están colocadas sobre peanas alrededor de la escena central de la Navidad. Por otro lado, se han conservado por lo menos dos copias de obras teatrales sobre el tema: la adoración de los Magos y la comedia de los Reyes, en la última de las cuales se incluye la matanza de los inocentes⁴². Además numerosos cuadros representan la escena desde la segunda mitad del siglo XVI, todos ellos siguiendo los modelos fijados en Europa precisamente en ese periodo y transmitidos en América gracias a los grabados. Una de estas imágenes se encuentra en el claustro alto del convento agustino de Culhuacán, en el cual se puede observar el tratamiento convencional de los tres personajes, con un rey anciano de rodillas ante el niño, un rey barbado más joven de pie y un robusto rey negro imberbe y portando un cuerno. Es curioso que sus cabalgaduras sean tres mulas. En el siglo XVII se han

40 Thomas Gage, *El inglés americano, sus trabajos por mar y tierra. Un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, Fideicomiso Teixidor, Libros Umbral, 2001, p. 359 y s.

41 Trexler, *op. cit.*, p. 154.

42 María Beatriz Aracil Varón, *El teatro evangelizador. Sociedad, cultura e ideología en la Nueva España del siglo XVI*, Roma, Bulzoni Editore, 1999, pp. 236 y ss; Rojas Gardidueñas, *El Teatro en Nueva España*, México, imprenta de Luis Álvarez, 1935, p. 209.



conservado lienzos de varios pintores novohispanos que trataron el tema: José Juárez pintó una adoración de los reyes fechada en 1655 (Museo Nacional de Arte de la Ciudad de México) en la cual los reyes conricas vestimentas y soberbios recipientes ofrecen sus dones a Jesús. El rey el asiático se distingue por su elegante porte, su turbante, sus lujosos botines y la rica empuñadura de su espada⁴³. A fines de esa centuria Cristóbal de Villalpando trató en el tema en varias ocasiones y al igual que Juárez se basó en grabados de Rubens y de otros autores europeos⁴⁴.

A partir de la segunda mitad del siglo XVII comenzó a reforzarse la idea de los reyes como representantes del poder real en el imperio español. En 1649 Juan de Solórzano Pereyra imprimía un libro *Política indiana*, que tendría un gran impacto en la nueva concepción regalista de los reyes sobre la Iglesia. La dimensión imperial se había comenzado a gestar desde la primera mitad del siglo XVI con Carlos V. Este fue un poderoso elemento de cohesión que le dio a los novohispanos la idea de pertenecer a una entidad universal, el imperio español, sostenida por una monarquía y una Iglesia católicas. A lo largo de los siglos virreinales Nueva España fue concebida como un reino que había establecido un pacto con la Corona, lo cual estaba en perfecta consonancia con la estructura de un imperio, como el de los Austrias, que se había construido como un conglomerado de reinos. La presencia de virreyes, obispos y demás autoridades peninsulares, las fiestas que rodeaban su llegada y los fastos que celebraban los acontecimientos de la vida de un rey ausente, pero emblemático de la unidad imperial, dieron a los novohispanos la seguridad de pertenecer a los elegidos. Además de la comunidad de lengua y religión, Nueva España creó todos sus símbolos de identidad, incluso aquellos

43 Nelly Sigaut, *José Juárez. Recursos y discursos del arte de pintar*, México, Fomento Cultural Banamex, Museo Nacional de Arte, CONACULTA, UNAM., 2002, pp. 195 y ss.

44 Juana Gutiérrez et. al., *Cristóbal de Villalpando c. 1649-1714*, México, Fomento Cultural Banamex, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, CONACULTA, 1997, p. 47 y 132.

vinculados con el mundo indígena, dentro de los parámetros de la matriz hispánica occidental⁴⁵.

En la segunda mitad del siglo XVI, Felipe II y sus ideólogos consolidarían esta visión de una monarquía católica mesiánica, defensora del Papado y de la Iglesia contra protestantes, criptojudíos y turcos, propulsora de las misiones en América y Asia y promotora de la reforma eclesiástica. En ella se proponían los ideales del buen gobernante y del buen vasallo, evocando las virtudes cristianas de ambos, y se enfatizaba que la monarquía traía prosperidad y abundancia, siempre y cuando cada quien mantuviera el lugar que le correspondía en la jerarquía social. Pero no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XVII cuando los reyes españoles tomaron una imagen semidivina de un rey cuya presencia se encontraba en todo el imperio como símbolo de cohesión y de unidad⁴⁶. Esto se reflejó en los altares de los reyes, que comenzaron a construirse en los ábsides de las catedrales americanas en esta época como una muestra de que el rey estaba a la cabeza de la Iglesia. En estos retablos un tema central era el de la adoración de los Reyes Magos a los que se les rodeaba con la imagen de los reyes santos de la historia cristiana, sobre todo San Luis, el rey de Francia, y el recién canonizado san Fernando de Castilla, el conquistador de Sevilla.

El primer altar de los reyes en Nueva España se puso en la catedral de Puebla a instancias del obispo Juan de Palafox para colocar en él la famosa imagen de la Virgen de la Defensa. Pedro García Ferrer, un pintor cercano al prelado, desarrolló en la base de este altar dos lienzos con los temas de la adoración de los Reyes Magos y la de los pastores⁴⁷. Tiempo después, alrededor de 1682

45 Víctor Mínguez, *Los reyes distantes. Imágenes del poder en el México virreinal*, Castellón de la Plana, Universidad Jaume I, 1995, p. 201.

46 Alejandro Cañeque, *The King's Living Image*, Nueva York, Routledge, 2004, p. 403.

47 Según Manuel Toussaint el proyecto del retablo fue de Juan Martínez Montañés y lo llevó a cabo Lucas Méndez, con ciertas modificaciones, a lo largo de siete años. Manuel Toussaint, *La catedral y las iglesias de Puebla*, México, Porrúa, 1954, p. 73.



se iniciaron los trámites para construir un altar de los reyes en la catedral de México, pero la idea no se pudo concretar hasta 1718 y no se concluyó sino hasta 1737. El gran retablo se encargó al arquitecto sevillano Jerónimo de Albás y la pintura de la adoración de los Reyes la realizó Juan Rodríguez Juárez⁴⁸. En Morelia no aparece la mención a un altar de los reyes hasta 1721, pero de él no queda ningún resto⁴⁹. Aunque la presencia de altares de los reyes en las catedrales se puede documentar desde la época de los Austrias, sin embargo durante la época de los monarcas borbones cuando el regio patronato se llevó a sus últimas consecuencias con el sometimiento absoluto del aparato eclesiástico del imperio a la monarquía española. El tema de los Reyes Magos será central en ese proceso de afianzamiento del regalismo español en el siglo XVIII.

Finalmente, el tema de los Reyes Magos también sirvió como un medio para integrar a América al contexto geográfico universal. Sin embargo en este aspecto existía el problema de que la tradición había fijado su número en tres, lo que correspondía a la perfección con las partes del mundo, y América no tenía cabida en ese esquema tripartito. El mismo problema se había presentado al tratar de incluir a sus habitantes como descendientes de uno de los hijos de Noé o en el tema del cumplimiento en los tiempos apostólicos de la orden de Jesús de predicar el evangelio «a todas las naciones del orbe». América tuvo que adaptarse a la «verdad bíblica» y hacer de sus habitantes hijos de Sem y procedentes de Asia y situar su llegada después de la confusión de las lenguas en la torre de Babel. El problema de la predicación apostólica fue un poco más difícil de solucionar aunque un posible viaje transpacífico del apóstol perdido Santo Tomás, predicador en la India, dio a muchos pensadores la posibilidad de explicar la presencia de cruces y de otros elementos cristianos en el nuevo continente.

48 Manuel Toussaint, *La catedral de México*, México, Porrúa, 1973, pp. 125 y ss.

49 Nelly Sigaut (coord.), *La catedral de Morelia*, México, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, 1991, p. 143.

Con todo, esta presencia de América solo impactó tardíamente en el tema de los Reyes Magos, y únicamente como una inquietud propia de algunos de sus habitantes. De hecho desde la segunda mitad del siglo XVI las representaciones de América habían encontrado espacio en el otro tema que emblematicaba la realidad geográfica del planeta: las cuatro partes del mundo. En América estas representaciones se basaron en los modelos europeos, salvo que el emblema del cuarto continente no se mostraba con la desnudez y canibalismo de las imágenes usadas en el viejo mundo. A menudo, las personificaciones continentales tenían una presencia destacada en la fiesta, sobre todo en la de *Corpus Christi*, a modo de gigantones con el propósito de simbolizar la difusión de la fe en todos los confines del orbe. En un cuadro firmado por un pintor de apellido Arellano se les puede ver en los festejos del traslado de la Virgen de Guadalupe a su nuevo santuario. En él, junto a las parejas vestidas «a la turca» que representaban Asia y África, Europa aparecía bajo las efigies de los reyes de España, Carlos II y su esposa, y América como un «indio galante» y una india cacica, ambos con vestidos lujosos y coronados con sus *copili*, como reyes, y no como los dos salvajes semidesnudos con que se la representaba en Europa.

El tema se repite en un biombo atribuido a Juan Correa en el cual aparece una alegoría de las cuatro partes del mundo, cada una en la figura de una familia real ataviada con lujo acompañada por los animales emblemáticos de cada continente. América está representada por un indio galante y una cacica con un periquito posado en su mano. Europa por un retrato del rey Carlos II de España con un caballo, Asia con un sultán turco y un camello y África con un gobernante negro y un elefante. Como se puede observar, las representaciones de los reyes de las tres últimas partes del mundo tienen los mismos animales que por ese tiempo se asociaban con los Reyes Magos.

Con todo, la necesidad de incluir a América dentro del esquema de los Reyes Magos quedó como una asignatura pendiente



para los americanos. Los primeros que se enfrentaron con esa necesidad fueron los peruanos, quienes también fueron los iniciadores de la tradición de la predicación apostólica de Santo Tomás en el nuevo continente. El escritor mestizo Guamán Poma de Ayala (m. ca. 1615) en una nota agregada tardíamente a su *Nueva Crónica* aseguraba que uno de los señores incas había sido el rey Melchor, que había estado en Belén representando a los indios, así como Baltasar por parte de los españoles y Gaspar de los negros. En Perú esta representación vinculaba además a los reyes con las tres étnias que formaban en país. En dos iglesias de Puno, en Juli y Ilave, existen dos lienzos que representan adoraciones de los Magos donde el rey que corresponde a Asia está representado por un inca. Uno, atribuido a Diego de la Puente (1586-1663) porta una capa azul y tiene a lo lejos un enorme camello. En el otro, anónimo (ca. 1680), el inca, con una rica vestimenta, porta un incensario (significando el reconocimiento de Jesús como Dios, aún antes de que llegara el cristianismo a América) e incluso aparecen conquistadores españoles como parte de su séquito. En ambos, de comitente indígena y en un medio evangelizado por la Compañía de Jesús, el homenaje de la nación indígena que se somete al Señor universal, confirma los derechos de sus representantes y su legitimidad⁵⁰.

Esa necesidad de insertar el pasado prehispánico en la historia de la salvación se puede observar también en un lienzo de la sacristía del templo de la Soledad en Oaxaca, obra de Isidoro de Castro fechada a principios del siglo XVIII. En una tradicional «adoración de los reyes» ante el pesebre de Belén, el pintor ha incluido un empenachado cuarto rey mago que representa a América, junto con los convencionales personajes que desde fines del siglo XV se vinculaban a los tres continentes: Europa, Asia y África. Para este pintor, y posiblemente también para su comitente,

⁵⁰ Thomas Cummins, Juan Carlos Estensoro *et. al.*, *Los incas, reyes del Perú*, Lima, Banco de Crédito del Perú, 2005, pp. 160 y ss.



debió ser importante incluir una mención a América, como la de Santo Tomás, en una escena que representaba el momento más importante de la historia de la humanidad, el nacimiento de Jesús.

El tema llegó a fusionarse incluso con el emblema más importante de la identidad criolla, la Virgen de Guadalupe. En un cuadro pintado a mediados del siglo XVIII por Pitacua (aunque renovado en el XIX) la Virgen aparece como una epifanía adorada por los Reyes Magos que representan las razas humanas⁵¹. Fuera de estos dos ejemplos excepcionales las representaciones de los Reyes Magos en América siguieron utilizando las versiones convencionales sacralizadas por la tradición, aunque siguieron funcionando como un importante símbolo para organizar el nuevo espacio social y cultural que los españoles estaban organizando en América.

Sin embargo, la presencia de los Reyes Magos no solo sirvió para sacralizar el orden establecido. En 1609 fue descubierta una rebelión de negros en la ciudad de México, el hecho de que el estallido estuviera programado para el 5 de enero y que los rebeldes tuvieran la intención de nombrar un rey negro, nos refiere a una utilización contestataria de los Magos; los africanos erradicados violentamente de sus tierras nativas ya habían asimilado esta representación como algo propio a principios del siglo XVII⁵². De esta forma en América, al igual que en Europa, la imagen de los Reyes Magos sirvió como ninguna otra en la cristiandad para organizar simbólicamente una gran cantidad de valores, situaciones, creencias y prácticas que tuvieron en ella una base para legitimar los más diversos discursos. Incluso los marginados pudieron echar mano de ella como una justificación para su rebelión.

51 Jaime Cuadriello (coord.), *Zodiaco mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, Museo Soumaya, 2004, p. 100.

52 Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, Lib. V, cap. 70; v. II, p. 564.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS